



China y la nueva percepción de su vulnerabilidad

Descripción

De hecho, dentro de su visión de alcanzar el “gran rejuvenecimiento” nacional, Xi Jinping apunta hacia la supremacía tecnológica como un propósito prioritario. Un propósito directamente ligado, a su vez, al desarrollo de una tecnología militar de punta. Lamentablemente para Pekín, gran parte de su impresionante aparato tecnológico se sustenta en una particular tecnología que no controla. Peor aún, en una tecnología que es controlada por su principal rival estratégico, Estados Unidos.

Los superconductores representan, en efecto, no sólo el principal Talón de Aquiles de China sino el mayor as en la manga del que dispone Estados Unidos. A pesar de los cientos de millardos de dólares que el régimen de Pekín ha invertido en el desarrollo de esta tecnología, aún se encuentra fuertemente rezagado frente a Silicon Valley en el dominio de la misma. Luego de diversas escaramuzas, a través de las cuales Washington esgrimió el control de esta tecnología para amedrentar a empresas chinas como ZTE o Huawei, Biden decidió irse finalmente por lo grande. Es decir, tomó la decisión de cercenar de manera radical el acceso chino a los superconductores y a la tecnología de los superconductores de punta estadounidenses. Ello, con el objetivo manifiesto de estrangular el avance tecnológico chino. Sin esta pieza clave, en efecto, China ha visto tambalearse sus ambiciones de alcanzar la primacía tecnológica y, por extensión, la militar.

Tres reflexiones fundamentales pudieron extraerse de esta decisión de Washington. Primero, ella ponía de manifiesto que China desafío prematuramente a Estados Unidos. Segundo, ella ha aumentado de manera muy importante el riesgo de que Pekín invada a Taiwán. Tercero, la misma ha evidenciado que, a pesar de la superioridad de su modelo tecnológico holístico, China se encuentra aún rezagada frente a la masa crítica de tecnología acumulada en Estados Unidos. Vayamos por orden.

A partir de 2008, y de manera muy particular desde la llegada al poder de Xi Jinping en 2013, el régimen de Pekín asumió una rivalidad frontal con Estados Unidos. Inicialmente al nivel regional y luego al global. Al hacerlo, desoyó el consejo de Deng Xiaoping a sus sucesores, según el cual había que mantener el bajo perfil y ganar tiempo hasta que el fruto maduro de la fortaleza china cayera por sí sólo. Desde hace algunos años dos interrogantes se han encontrado sobre el tapete: ¿Desafío China a Estados Unidos demasiado duro y demasiado pronto y, al hacerlo, puso en riesgo la posibilidad de alcanzar sus objetivos de primacía? ¿Puede aún Estados Unidos contener el ascenso de China y retener su propia primacía? La evidencia del emerger indetenible de China y su liderazgo creciente en diversos escenarios parecía indicar que, luego de analizar cuidadosamente los costos y beneficios de su frontalidad así como su llamado poder nacional integral, su régimen había concluido que el momento de plantear el reto había llegado. De hecho, Xi Jinping se ha referido reiteradamente a una concatenación favorable de circunstancias no vistas en un siglo y ha señalado al período de los próximos diez a quince años, como la ventana de oportunidad que permitirá inclinar la correlación de poder mundial a favor

de China. Con una sola acción puntual, sin embargo, Biden demostró quien domina lo esencial de la competencia tecnológica, desmontando en importante medida las premisas sostenidas por China. Al hacer evidente la inmensa vulnerabilidad tecnológica y por extensión militar de China, el Presidente estadounidense brindó respuesta a las dos interrogantes planteadas: En efecto, Pekín desafió prematuramente a Estados Unidos y Washington dispone aún de la capacidad para frenar su ascenso.

Paradójicamente, la constatación de esta debilidad tecnológica podría llevar a Pekín a adelantar su invasión a Taiwán, a quien considera como una provincia renegada. La razón de ello es que la industria global de semiconductores se encuentra controlada por Taiwán. Si bien no al nivel del dominio del know-how, si en el de la manufactura. Es lo que Taipéi ha llamado como el “escudo del silicon”, haciendo alusión a la necesidad que se le plantearía a Estados Unidos de venir en su defensa para evitar que el grueso de la producción mundial de semiconductores cayese en manos de Pekín. Sin embargo, este “escudo” puede convertirse también en el mayor incentivo para la acción que se le plantea a la República Popular China ante un bloqueo como el que impuso Biden a finales del 22. Especialmente, porque en dicha isla se fabrica un 92 por ciento de los semiconductores más avanzados del mundo (K. Hille, D. Sevastopulo, “TSMC: the Taiwanese chipmaker caught in the tech cold war”, *Financial Times*, October 23, 2022). Ello hace recordar lo que ocurrió en agosto de 1941: Estados Unidos, quien era el mayor proveedor de petróleo de Japón, impuso un embargo petrolero a ese país. Cuatro meses más tarde Japón hundía la flota estadounidense en Pearl Harbor dando rienda suelta a sus conquistas y, con ellas, a su control sobre las materias primas de la región. Al elevar exponencialmente la vulnerabilidad económica de Japón, mediante el bloqueo petrolero, Washington hizo que el riesgo de ir a la guerra se tornase en una opción aceptable para ese país. Otro tanto podría llegar a ocurrir en relación a Pekín y al bloqueo de los superconductores. A fin de cuentas, si bien ello no le garantizaría acceso al know-how, si le permitiría poner de rodillas a Estados Unidos donde la producción física de semiconductores alcanza apenas al 12 por ciento de la manufactura global (K. Hille, D. Sevastopulo, citados). No en balde, el gobierno estadounidense propulsa aceleradamente las inversiones en este campo dentro de su territorio.

Detrás de la competencia tecnológica entre China y Estados Unidos destaca la aproximación contrapuesta de sus respectivos modelos. El gobierno estadounidense, que en el pasado propulsó activamente la carrera espacial y otros importantes desarrollos tecnológicos, mantiene desde la década de los ochenta una política de “manos afuera” en este campo. La investigación y el desarrollo tecnológicos en ese país han sido dejados a cargo de la iniciativa y del capital privados, con importante referencia a los fondos de capital de riesgo. Ello se ha traducido en un abandono de la investigación básica y en un énfasis en la rentabilidad de corto plazo, mediante la oferta de productos y servicios atractivos al consumidor. China, por el contrario, evidencia un voluntarismo estatal sustentado en planes de la nación y en políticas públicas. El mismo se busca alcanzar en pocos años un desarrollo tecnológico que, dejado al curso natural de los eventos, tomaría décadas. Más aún, la sinergia existente entre el gobierno y el sector privado y entre el gobierno central y los gobiernos regionales y locales, se traduce en un efecto multiplicador de máximo impacto sobre el desarrollo tecnológico. Recursos, estímulos, y facilidades se acumulan así para brindar el mayor apoyo posible a la innovación tecnológica. De hecho, Estados Unidos no estaría hoy donde está en materia tecnológica de no haber sido por todos los avances en investigación básica que realizó cuando el gobierno federal actuaba como gran catalizador de este desarrollo. El sector privado no ha hecho más que sacar todo el partido posible a ese legado tecnológico proporcionado por el Estado. Parafraseando a Isaac Newton, Silicon Valley y sus contrapartes en otras regiones de Estados Unidos se yerguen sobre los anchos hombros del gobierno federal estadounidense, quien creó las bases para su actual nivel de desarrollo tecnológico. A título de ejemplo valdría citar que, de acuerdo a la NASA, no menos de 2.000 productos o servicios hoy incorporados al acervo tecnológico del país, fueron resultado de su esfuerzo en investigación y desarrollo (J. Gruber, S. Johnson, *Jump Start in America*, New York, Public Affairs, 2019, pp. 45-46). Hoy día es China, y no Estados Unidos, quien sigue esta ruta. En tal sentido, China se ha convertido en el mejor alumno de la exitosa experiencia de Estados Unidos en los años cincuenta, sesenta y setenta. Este modelo le plantea, a no dudarlo, una importante ventaja a China. Sin embargo, es tal la masa crítica acumulada en materia de investigación y desarrollo en Estados Unidos que, a pesar de la superioridad de cara al futuro del modelo holístico chino, los estadounidenses siguen llevando una importante delantera en diversas tecnologías claves. Tal es precisamente el caso de los semiconductores.

La medida tomada por Biden a finales del 22 representó, en efecto, el desafío más importante al avance aparentemente indetenible de China. Ello vino a converger con la constatación de la seria crisis económica por la que atraviesa el país asiático, para proyectar una importante imagen de vulnerabilidad sobre el mismo.

APARTADO TEMÁTICO GEOGRÁFICOS

China y el mundo chino

ETIQUETAS

Nova
Guerra
China tecnoloxía Fría

INVESTIGACION

Relaciones Internacionales Observatorio de la Política China

Fecha de creación

marzo 9, 2024

Campos meta

Autoría : 3733